

MULTIPLICABA EL CLERO SUS BENDICIONES
SOBRE LOS CRIMENES QUE LE FAVORECIAN

Entre los contraguerrilleros, pútrida escoria del prostituido ejército invasor, que más se distinguieron por su sadismo y por su ferocidad, figura en lugar prominentísimo, casi al nivel de Dupin, el comandante Berthelin, que en septiembre de 1866, comunicaba al general imperialista Gutiérrez: "Todo hombre que se trae y que se reconoce que forma parte de las gavillas es fusilado inmediatamente. **Ya he hecho pasar por las armas a cuarenta y dos de éstos.**

"Bueno es recordar, subraya un escritor, que en el lenguaje imperialista se designaba con el nombre de **gavillas** toda clase de fuerzas que sostenían la bandera de la independencia, y que la más ligera sospecha bastaba para declarar pertenecientes a esas **gavillas** a los infelices campesinos que caían en poder de los intervencionistas, verdadero azote de los pueblos. Pues bien, ese hombre cubierto de sangre mexicana, y cuyo nombre llegó a ser símbolo de terror y de muerte, mereció la honra de ser especialmente recomendado por el arzobispo de Guadalajara don Pedro Espinosa, a los curas de la diócesis, según se ve por la siguiente circular: "**Gobierno eclesiástico** del Arzobispado de Guadalajara. Guadalajara, agosto 22 de 1866.—Debiendo pasar a varios lugares de esta Diócesis de mi cargo, el señor comandante del ejército francés Barthelin, para desempeñar una comisión importante, y siendo bien conocido dicho señor por sus relevantes antecedentes y servicios en este departamento, no menos que por sus cualidades personales, lo recomiendo muy particularmente a todos los señores curas de esta arquidiócesis por cuyos distritos parroquiales tuviere que pasar, a fin de que en lo que estuviere de su parte lo atiendan y consideren, impartiendo aquellos servicios que pudieren, atentas sus particulares circunstancias y localidades que presiden.

"A este efecto se expide el presente documento que presentará en cada caso el señor comandante Berthelin.

"Dios Nuestro Señor guarde a usted muchos años.—Pedro, Arzobispo de Guadalajara".

¡Con razón la mujer del cajero Kucharcevic, que se llamaba a sí misma camarera mayor, encargada de recibir,

lectora, secretaria, inspectora de las cuadras, sirvienta, lechera, mozo de cuadra, de Carlota, llega a exclamar: "¡Todos dicen aquí que habría que colgar un par de obispos!".

LOS CASTIGOS ESPIRITUALES UNA ARMA
CONTUNDENTE EN EL TERRENO POLITICO

Los castigos espirituales, cuya aplicación la iglesia ponía en manos de sus ministros, eran, en poder de éstos, elásticos instrumentos, según sobre quien los descargaban. Hacían de ellos también recursos políticos, cuya fuerza desenvolvían o replegaban, no según la magnitud de la herejía perpetrada, sino de la importancia del culpable, de su capacidad para tomar represalias o de su posición económica.

Cuando Labastida resolvió fulminar excomunión sobre los franceses y vedarles el acceso al sacrificio de la misa; en cuanto el comando de las fuerzas expedicionarias le replicó que abriría las puertas de la catedral a cañonazos, levantó la excomunión más que de prisa y dejéles libre la entrada en el templo. Más tarde bendecirá a aquellas mismas tropas de Napoleón III, contra cuyo poderío estrellóse toda la venerabilidad arzobispal.

Un bledo se les daba a los santísimos sacerdotes de la decantada salvación de las almas. Si las supersticiones reiteradamente difundidas, requerían la redención de los pecadores por medio de los últimos sacramentos, muy lejos estaban aquellos de procurarla: "... es triste mencionar el proceder anticristiano del gobernador de la mitra de Puebla, quien prohibió al padre don Vicente Guevara, capellán del ejército, "administrar —durante los combates— socorros espirituales a los moribundos, porque en el estado de excomunión en que se hallaban sus confesiones no tendrían ningún valor".

Y cuando el general Forey declaró esperar que los clérigos "predicarían la reconciliación a todos los mexicanos y el olvido de sus recíprocas ofensas, y les inspirasen el amor de hermanos"... que era de esperarse de su patriotismo aceptasen ciertos hechos consumados... y que el clero mexicano emulara la abnegación del francés, y "que sacrificase sus intereses personales a los generales de la nación"... "Estas palabras no debieron sonar muy bien a los oídos de los clérigos que las escuchaban, y el general Forey se equivocaba

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO
H. V. A. N. E. P.

grandemente al suponer que ellas encontrasen eco en una corporación profundamente obcecada, dispuesta a sacrificar a la nación entera en aras de sus intereses y de sus odios".

A LAS DANZAS RITUALES DE LOS CANIBALES CORRESPONDEN LOS SOLEMNÍSIMOS TE-DEUMS

Como las tribus primitivas del corazón de Africa celebran con alaridos y con danzas y con antropológicas comilonas, los triunfos alcanzados sobre los clanes enemigos, así los muy piadosos "ministros del Señor", festejaban las más desbordadas y sangrientas carnicerías en que los traidores y los expedicionarios extranjeros exterminaban a los grupos de patriotas republicanos, que no cejaban en su designio de vencer o de morir en la lucha desigual por la independencia de la patria.

Y las festejaban con solemnísimos Te-Deums; hecho que sugiere al señor Vigil, el siguiente justísimo comentario: "Si a los ojos de la razón no puede ser más que un acto de salvaje antropomorfismo esas fiestas religiosas que tienen por objeto celebrar los azares felices de la guerra, obtenidos mediante la destrucción de millares de seres, toman un carácter de repugnante monstruosidad cuando se trata de glorificar al injusto invasor de la patria, al traidor que llegaba ante el altar con las manos teñidas en la sangre de sus hermanos".

A ese respecto, **El Constitucional** insertaba en sus columnas el juicio que a continuación transcribimos: "Cuando el heroico ejército de Oriente quemaba las banderas de sus batallones, inutilizaba sus armas triunfadoras y se entregaba prisionero en poder del invasor —después de la gloriosa rendición de González Ortega en la plaza de Puebla—, el clero romano, que tiene sus guaridas en Puebla, engalanaba la catedral y ufano se ponía sus hábitos prohibidos para recibir a sus bienhechores, los enviados del cristianísimo emperador Napoleón III. Aun se oían los lamentos de las víctimas inocentes, aun estaba fresca la sangre de las monjas asesinadas por los franceses, cuando el clero que se llama mexicano se apresura a dar gracias a Dios por el asesinato de sus hermanos, conduciendo ante la Divinidad a los extranjeros, que con sus plantas inmundas manchaban de sangre el pavimento del templo del Señor de paz y caridad. Allí, mientras el mun-

do admira el heroísmo de nuestros soldados, el clero, incapaz de comprender nada noble, nada grande, nada sublime, eleva a Dios sus oraciones por los invasores de su patria. Allí, mientras nuestros generales y soldados prisioneros sufren con resignación el infortunio, porque saben que toda la República los secundará en el combate, sólo él, el clero, el traidor, festeja al invasor con los repiques de sus campanas...".

NI EN EL CEREMONIAL CORTESANO DISIMULABA EL PRINCIPE SU DESPRECIO POR EL CLERO

Maximiliano, que venía íntimamente convencido de la baja condición moral de los prelados, tratóles con no menor desprecio que a los demás "mandarines, cangrejos, mochos o pelucas viejas".

Al crear la orden de El Aguila Mexicana, abstuvo de otorgarla al arzobispo de México, "y desde los primeros días de su llegada le había despojado del cargo de canciller de la orden de Guadalupe, dándola al general Almonte".

En la misma fecha —1.º de enero de 1865—, se expidió otro decreto de tanto alcance como el anterior, pues considerando que era "**de primera necesidad** fijar el orden de precedencia de los dignatarios de la corona", se hacía una larga clasificación de ellos. . . "en que los arzobispos, ocupando el UNDECIMO LUGAR, figuraban después de los generales de brigada. En todo eso se veía el empeño del archiduque por humillar al clero poniendo especial estudio por el lado sensible de su vanidad aristocrática".

Cuando los prelados mexicanos protestaron ante Maximiliano contra los decretos que respectivamente ponían en vigor las leyes y demás disposiciones, anteriores y posteriores a la Independencia, sobre bulas, rescriptos y despachos de Roma, que quedaban sujetos al pase del Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos, y reconocían como religión de Estado la católica, pero a la vez establecían amplia y franca tolerancia para todos los demás cultos; "su emperador" ni siquiera se dignó dar respuesta a la inconformidad.

Y, por añadidura, **L'Estafette** mojóse de las beatas que, para reforzar los argumentos esgrimidos por el clero, entrevistaron al archiduque.

La mojigatería de Arrangoiz, uno de los más recalcitrantes clericales que, después de disfrutar en el extranjero de jugosísimas comisiones zafas de todo riesgo, y de haber sido uno de los niños mimados de Habsburgo, tuvo para éste las más acres censuras, no podía tampoco menos de encrespase: "Llego a tanto, dice, el deseo de ofender a los católicos, que en la calle de San José el Real, una de las principales de la capital, se anunciaba la venta en una tienda establecida con autorización de Maximiliano, de **Biblias sin comentarios, y de libros que probaban que era mentira cuanto decía el padre Ripalda**". ¡Horror!

Al darse publicidad a la cuarta o quinta reiteración de la renuncia del prefecto imperial de Morelia, Antonio del Moral, que lanzaba duros reproches a Maximiliano y echábale en cara que no hubiera cumplido su programa de prescindir del apoyo extranjero; el archiduque irritóse y, según Arrangoiz, dijo y escribió, que "la publicación de la carta era una vil traición, y había llamado a la corte a su autor para que respondiera; que el partido conservador hacía traición al Imperio; pero que el gobierno tenía los ojos abiertos para castigar a los traidores, lo mismo en México que a los que influían en Roma". —Franca alusión al arzobispo Labastida.

Cuando, ya próximo a expiar en el cadalso la culpa de haberse convertido en dócil marioneta para que Napoleón III avasallara a nuestra patria, y abandonado por éste, Maximiliano se echó en brazos de los clericales, a quienes, como ya hemos visto, olímpicamente desperciaba; el 15 de agosto de 1866 designó ministro de Justicia a Teodoro Lares, "amigo y agente del arzobispo de México", y quien, en cuanto asumió sus funciones, el 27 del propio mes, devolvió los cementerios al clero, que volvió a negar entierro "en sagrado", a quienes no profesaban la religión católica.

APEGO A LOS JUGOSOS BENEFICIOS Y DESENFRENO DE LOS SACERDOTES

Los señores representantes de Su Divina Majestad en este mundo, defendían con uñas y colmillos su autonomía, sus usufructos y sus prebendas. Mitrados y otros miembros del alto clero y de las clases privilegiadas, eran adversos al concordato, "como puede verse en los siguientes párrafos de una

carta dirigida por don Pedro Espinosa, obispo de Guadalajara, al obispo don José María Covarrubias, en 1862: "probablemente se tratará de patronato, es decir de **servidumbre y esclavitud** de la iglesia y de que perdamos aquella poca libertad que con tantos sacrificios conquistaron nuestros inmediatos predecesores y quedemos como el clero español **besando la mano a Su Majestad** y percibiendo una renta o salario más miserable que un cómico y tal vez que un cochero".

No cabe duda que... "el clero mexicano no poseía ni la ilustración, ni el patriotismo, ni las demás virtudes del clero de otras partes..." Pues en cuanto ve a continencia, o moralidad, a morigeración de costumbres, los señores sacerdotes no andaban mucho mejor que en lo que a desprecio al dinero se refiere: "La triste idea que tenía la Emperatriz Carlota, cuyo profundo catalicismo nadie puede poner en duda, de la moralidad del clero mexicano, era exacta y basta ver las opiniones de cuantos extranjeros vinieron entonces a México, para convencerse de que no hay en ello exageración.

"Un fervoroso creyente, el general barón de Barail, recogió en sus memorias esta anécdota:

"Mi boleta de alojamiento me condujo —en Cholula— a la casa del señor cura... Allí, si yo no hubiese tenido otras ocupaciones, habría podido escribir una monografía completa sobre las costumbres del clero mexicano. Creo que no exageraría si pretendiese que esa conducta en nada se parece a la manera de vivir de nuestro buen clero francés.

"Había en el curato no sé cuántas mujeres, jóvenes, viejas, criollas, indias, y jamás pude desentrañar exactamente el carácter de sus funciones. En las noches las oía charlar a todas en una recámara contigua a la mía, y de cuando en cuando, la voz del padre, en bajo profundo, dominaba en el palomar, porque aquel bravo hombre no desdeñaba mezclarse en la conversación. Yo me dormía recordando otra historia que se me había referido:

"Un capellán tenía a su servicio dos recamareras, una de veintidós años y otra de veinticuatro. Y como el obispo le hiciese observar que debía haberse contentado con una sola que tuviese la edad **canónica**.

—"Ilustrísimo señor —respondió el clérigo— yo no infrin-

CAPILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. P. I.

jo la regla. Solamente que he tomado mi criada en dos volúmenes.

"Pero no eran dos volúmenes, era una biblioteca entera la que poseía el buen cura de Cholula".

Por otra parte: "El abate Doménech, sacerdote católico, cuenta que al pasar un obispo por una aldea, un cura le dijo con todo descaro: "Monseñor, tened la bondad de bendecir a mis hijos y a su madre", y que el buen obispo los bendijo. Y añade: "el cuarto estaba lleno".

CRUELDAD, ATRIBUTO INDECLINABLE DE LOS CURAS DE TODOS LOS BANDOS

Entre los párrocos humildes, los hubo patriotas, sinceros y de buena fe, que ayudaron con entusiasmo a la causa republicana; pero aun entre éstos solía retoñar el espíritu eclesiástico, despiadado y cruel, como buenos descendientes que de los inquisitoriales achicharradores eran.

Otros hacíanse notar por su temperamento levantisco, como aquel cura Traspeña, que se significó por sus andanzas en Michoacán, durante la intervención francesa... "liberal descamisado que se había hecho coronel en la revolución de Ayutla y que, de genio díscolo, había llegado a no tener cabida ni entre los republicanos ni entre los liberales".

Y, como muchísimos más de aquel entonces y de posteriores tiempos, en el propio Michoacán, durante las correrías del asombroso forajido José Inés Chávez García, o cuando la asoladora sublevación de los cristeros de 1875-76, o de la de nuestros días, en Jalisco y en otros rumbos del país.

Al narrarnos su viaje al Estado de Guerrero, el licenciado Eduardo Ruiz, expresa: "Me iba acercando a Acapulco. En Atoyac de Alvarez recibí hospitalidad del cura Díaz, CUYA SEÑORA, de cuerpo frondoso y corazón alegre, hizo perfectamente los honores de la casa...".

"El cura del lugar —alude al de Apatzingán—, un padre apellidado Ruelas, acudió a facilitar hombres a Villada. Fué a proponerle que cogiese de leva a todos los que vivían con sus mujeres sin estar casados, como lo mandaba nuestra madre la Santa Iglesia, a cuyo efecto le ofreció predicar los

domingos y desarrollar en su tema una terrible amenaza. Villada lo estimuló para que no abandonase aquel santo propósito, y el lunes siguiente comenzó la leva bendita con la lista que le había dado el padre Ruelas; pero el chasco de éste fué tremendo, pues que todos los de la mala vida prefirieron ser soldados a ir a pagar al párroco los derechos matrimoniales. Y lo curioso fué que el jefe de la patrulla, QUE-RIENDO OBEDECER TEXTUALMENTE LA ORDEN, TRATABA DE RECLUTAR TAMBIEN AL SEÑOR CURA".

Otro juicio sobre la casta sacerdotal lujuriosa y aurívora, que no debe ser omitido, es el que encontramos en "Siguiendo la Vida de Juárez", obra del licenciado Pablo Prida Santacilia, y que dice así:

"En Veracruz se había organizado una espléndida recepción al desterrado de Turbaco, en la que, sin embargo, hubo un incidente que la deslució y fué que el licenciado Joaquín Ruiz, liberal poblano, QUE GOZABA DE ALTA CONSIDERACION ENTRE EL CLERO, PUES ERA CATOLICO FERVIENTE, en el momento más álgido de la fiesta, se acerca a Santa Anna y le dice: "Esta pompa, señor, este exagerado entusiasmo que os rodea, es la irrisión de la verdad. La nación no cree, ni puede tener esperanza en vos, que la habéis sacrificado siempre a la ambición y al capricho. Vuestra Excelencia viene de la mano del partido enemigo del progreso del país; órgano de las clases privilegiadas; ladrón de los intereses del pueblo, y a V. E. lo creen un manequí a quien hace sumiso la ambición de mando.

"Santa Anna dijo medias palabras y se mostró furioso contra Ruiz, mas éste, impasible, siguió diciendo:

"Yo he sido enviado para decir a V. E. la verdad. V. E. no tiene principio alguno político, y es ídolo del CLERO RELAJADO y del soldado prostituido.

"Santa Anna no quiso oír más. Mandó que se sacara a Ruiz del salón y desde entonces lo desterró y molestó de mil maneras".

El Lic. Prida advierte que el anterior sucedido pertenece a "Don Guillermo Prieto y su Epoca", de Salvador Ortiz Vidales.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. E. I.

ES NECESARIA LA IGNORANCIA POPULAR AL
MANTENIMIENTO DEL PREDOMINIO CLERICAL

Veamos ahora en qué vil nivel de ignorancia mantenía el clero a la clase indígena; en la mente de cuyos individuos, sus siervos opresos e incondicionales, no ha logrado hasta ahora más que sustituir sus atávicos fetiches, por las acarameladas imágenes de la nueva idolatría:

"Dice también,—el abate Doménech, sacerdote católico— que a consecuencia de la falta de instrucción los dogmas de la religión han sido atacados seriamente, que el catolicismo mexicano presenta un carácter idolátrico; que el culto de los santos y de las vírgenes absorbe la devoción del pueblo que no piensa en Dios. "En las iglesias hay un descuido deplorable. Los indios oyen misa juntos con los animales que llevan al mercado; el glu glu de los pavos; el quiquiriquí de los gallos; los ladridos de los perros; se mezcla con el canto de los pájaros, que han instalado su domicilio en las bóvedas.

"En las grandes fiestas de los santos, los indígenas se entregan en la iglesia a danzas y contorsiones poco ortodoxas. Un campellán del cuerpo expedicionario, vió así en San Luis de la Paz 24 muchachas y 24 jóvenes bailando en el coro a la vista del cura. Un personaje enmascarado disfrazado de diablo dirigía las figuras del baile y como el francés se admirara que tales diversiones tuvieran lugar en una iglesia, el cura repuso:

"Las antiguas costumbres son respetables. Es bueno conservarlas; sólo es necesario impedir que degeneren en orgía".

"El general D. Ornano, en un informe rendido al mariscal Bazaine acerca del estado de los asuntos políticos de Oaxaca en la primera quincena de marzo de 1865, dice: **Clero**. . . En general el clero está tranquilo, es disoluto y poco ilustrado; su influencia en los pueblos es muy positiva".

En "Querétaro.—Memorias de un oficial del emperador Maximiliano", su autor, el francés Alberto Hans, describe así la superstición reinante entre los católicos mexicanos, no tan sólo entre la población indígena, deliberadamente mantenida por sus "padres espirituales" en la más criminal de las igno-

rancias, para que no llegue a intentar levantarse de su estado de abyecta sumisión:

"En el momento de separarme, no sin emoción, del señor A. . . , cuyo carácter y cuyas ideas me recordaban los cristianos viejos de la antigua Castilla, su anciana y respetable esposa se llevó un escapulario procedente de un lugar vecino de Querétaro, llamado **el Pueblito**, célebre por las peregrinaciones que hacen a él las gentes piadosas para venerar a una imagen de Nuestra Señora. En su fe por el poder de ese escapulario, la buena señora le daba virtudes de tal manera poderosas, que se transformaba en verdadero talismán. "Nuestra Señora del Pueblito, me decía, no puede dejar de proteger al que lleva al cuello este escapulario".

EL MEJOR INDIO ES EL INDIO MUERTO
SEGUN EL FRANCO SENTIR DE UN PRIMATE

Ese, el fanatismo fetichista, porque en su interés está sin duda el difundirlo, al par que la idolátrica superchería, ha sido el sentimiento que se esmera en fomentar una iglesia que, según el decir de un escritor famoso, siempre ha reinado por el terror. Terror, agregaríamos nosotros, excitado ora por los quemaderos inquisitoriales, ora por los desmanes que perpetran los sicarios a su servicio durante las guerras intestinas, ora por los calderos infernales, en oleosa y constante ebullición, y prontos a engullirse al hereje para afligirlo con eternas torturas.

Por lo que se refiere al clero mexicano, tozudamente subversivo, hasta en el imperio que él mismo había engendrado, la condenación de parte de quienes miden en toda su espantosa latitud su nefasta influencia, no puede ser ni más rigurosa ni más unánime. Contra él fulminan condenaciones, inclusive quienes han sabido redimirse de ella; individuos que por su carácter sacerdotal o por sus creencias, supusieran inclinados a amortiguar censuras. Pero no ocurre así, como por las transcripciones con que enriquecemos este capítulo habráse podido comprobar.

La deducción es clara: a pesar de que nuestro país sobresale, entre los de la América hispanoparlante, en el afán de sacudirse la funesta influencia clerical, está aún muy lejos de lograrlo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO
H. A. N. E. I.

Y no debemos echar en olvido que mientras nuestro pueblo no acierte a despojarse del fanatismo que, elevado hasta la idolatría, desventuradamente en él arraiga; no dejará de estar al borde del peligro de que la siempre acechante y cautelosa iglesia, pretenda apoderarse una vez más de sus destinos, total y descaradamente.

El sacerdote, que alardea de ser el vicario de la divinidad sobre la tierra, jamás se conformará con restringir su acción al decantado imperio de las almas. Todo nos demuestra que aún las naciones que consiguieron sacudir el yugo, lo tienen acechante de la ocasión propicia para exterminar a sus adversarios, asumir el gobierno y acaparar los bienes temporales.

En cambio, donde quienes se arrogan la representación del humilde Maestro sobre la tierra, no se ven compelidos a embozar sus desapoderadas ambiciones, exhibenlas con una brutal insolencia, ostentan sin empacho su vesánica soberbia, y lanzan diatribas contra el México que se aplica a establecer un nivel más decoroso para las clases eternamente explotadas.

Semejante actitud es explicable, porque presienten que, tarde o temprano, las adormecidas pero justificadas aspiraciones de la población que permanece postrada a sus plantas, habrán de despertar, y que entonces empeñaráse la lucha por el reconocimiento de los más elementales derechos que, en un mundo de libertad, son atributos imprescriptibles de un ser humano consciente de su dignidad y de su decoro.

Confirmación evidente de nuestras anteriores afirmaciones, son los preceptos publicados por un primate de la iglesia sudamericana, para mayor escarnio "cholo", esto es, indio incorporado a la civilización, durante diálogo sostenido con el periodista mexicano Luis Spota, cuando éste visitó tierras peruanas, en marzo de 44.

He aquí la forma en que el colega dió, en el diario **Ex-célsior**, a la estampa esa entrevista, de la que tomamos la parte que a nuestro plan conviene:

"Fué un prelado cholo —Monseñor Herrera, arzobispo de Puno— quien, durante un viaje de las riberas del Lago Titicaca a la ciudad de Arequipa, condensó el sentir de la iglesia sobre el indio y sus problemas.

"En los preliminares de una conversación entre Herrera y los tres periodistas mexicanos, arremetió el Arzobispo contra la política indigenista de México.

"—Se les ha dado en México demasiada beligerancia a los indios. Los perjuicios se cosecharán después, como en el caso de Juárez", dijo.

"El caso de Juárez, según el arzobispo, era el siguiente: Juárez, indio, fué a la escuela; se ilustró, se inquietó, con lecturas, sobre el porvenir de su patria. Llegó al poder y "cometió un crimen abominable: dictar las Leyes de Reforma, contrarias al espíritu de la iglesia, de Dios y de su pueblo".

"Sarcástico, el prelado cholo, agregó:

"Darle la mano al indio es jugar con fuego... Ahora tienen a Cárdenas, otro indio: está lo del petróleo y el reparto de los campos. Verán ustedes, los mexicanos, otro desastre semejante al de Juárez..."

"Al preguntársele su opinión sobre los indios —casi un millón de los cuales pertenecen a su diócesis— dijo el arzobispo:

"Si yo no fuera católico, si no fuera, además, dignatario de la iglesia, sería el primero en iniciar el exterminio de tanto ser inútil. Mi lema, al respecto, es simple; el mejor indio es el indio muerto".

Siempre deberá tenerse presente que este primate de la iglesia católica, apostólica y romana, es indio... Y que su piadosa doctrina, expuesta en un raptó de sinceridad desbordada, contrasta con el subterráneo proceder de sus congéneres; que resume la que, si no las palabras, sí con elocuencia los hechos, están proclamando: la que a pie juntillas observan los miembros del clero, a quienes posee una desmesurada codicia de bienes terrenos, inclusive del monopolio de la propiedad raíz rústica y urbana.

Monopolio que si antes de la Reforma depositó en las "manos muertas" casi toda esa propiedad, estimada entonces en mil millones de pesos de aquella época, que se convertirían en aproximadamente dos mil quinientos de nuestra actual moneda; hoy está devolviéndoles, o por interpósitas personas

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. E. I.

o por medio de inversiones en valores bancarios y en depósitos a la vista, gran parte de la riqueza nacional.

Además, como queda ya de manifiesto, los previsores preladados, no se conforman más con la desaparición de este o aquel enemigo conspicuo de su opulencia, de su bienestar y de su prosperidad; ambicionan el exterminio total de aquellas masas de población que, venida la hora, pudieren ser despertadas del profundo letargo secular que las pone al arbitrio caprichoso y despótico de sus cristianísimos preladados.

Pues bien, un clero de esta especie, inhumano, salaz, omnipotente, —porque era dueño absoluto de las conciencias y de la más considerable porción de los tesoros materiales—, constituía otro de los tres entusiastas aliados de la intervención extranjera en nuestra patria. A la que, de consuno con una aristocracia abaceril, ociosa y prematuramente decrepita, y de un ejército veleidoso, vandálico y feroz; estaba ansioso de entregar a los intrusos, con la vana esperanza de mantener incólumes sus prebendas, sus fueros y su poderío, y de recuperar las vastas propiedades que habían sido desamortizadas.

A continuación nos ocuparemos en la facción armada y en los hombres que la capitaneaban; quienes, fuere de suponerse, desempeñarían primerísimo papel en la traición. Pero no pudieron o no quisieron asumirlo, porque quizás para el mejor logro de sus ambiciones, debióles parecer necesario subordinarse al poder eclesiástico y al poder político.

Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

Los ascensos, premio a la oportuna defección — Santa Anna y sus veleidades — Autorretrato de Almonte — Miramón no sabía de convicciones — Rechazado por la República, firma oprobiosa adhesión a los invasores — Márquez, un nombre que se escribe con sangre — Ramón Méndez, otro arquetipo de trogloditismo encharreterado — Maximiliano lo asciende a general por los asesinatos de Arteaga y Salazar

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. L.